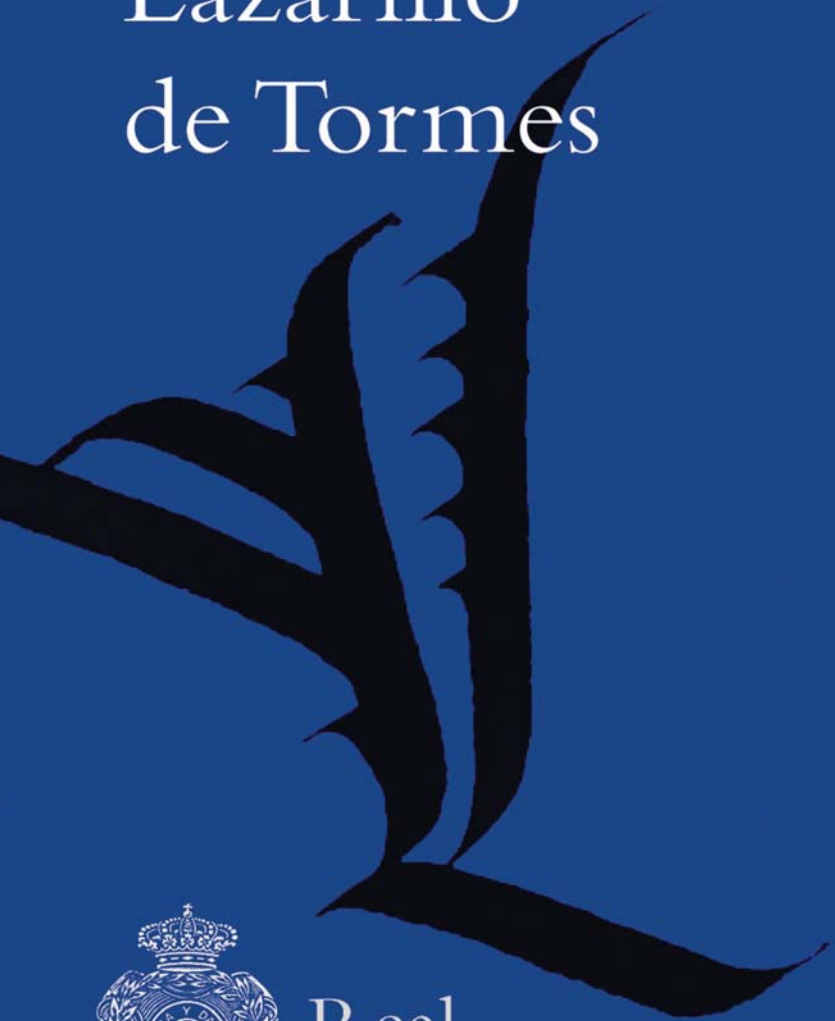
Lazarillo de Tormes



Real Academia Española

BIBLIOTECA CLÁSICA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LAZARILLO DE TORMES



CON EL PATROCINIO DE

Obra Social "la Caixa"

«LÁZARO DE TORMES»

LAZARILLO DE TORMES

EDICIÓN,
ESTUDIO Y NOTAS DE
FRANCISCO RICO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
MADRID
MMXI

SUMARIO

Presentación
IX

LAZARILLO DE TORMES
1

Apéndices
81

ESTUDIO Y ANEXOS

Introducción al
Lazarillo de Tormes
91

Esta edición
207

Aparato crítico
219

Notas complementarias
235

Bibliografía
299

Índice de notas
317

Tabla

Lázaro de Tormes es un pregonero de Toledo que cuenta en primera persona, estilo llano y tono jocoso cómo ha llegado al «oficio real» (una plaza de funcionario, diríamos ahora) y a las circunstancias familiares en que se encuentra en el momento de escribir. Nacido en un molino a orillas del Tormes, a un tiro de piedra de Salamanca, su madre, viuda y necesitada, lo puso al servicio de un ciego cuyas astucias y malas artes le abrieron, paradójicamente, los ojos a la vida. Entró después en casa de un cura infinitamente avaro, con quien tuvo que reñir una batalla tan tenaz como ingeniosa y al cabo sangrienta para no perecer de inanición. Su tercer amo fue un presuntuoso hidalgo arruinado, al que no obstante Lázaro terminó por cobrar cariño, hasta el punto de mendigar para mantenerlo. Un vendedor de bulas (presumiblemente falsas) le enseñó luego a callar y no meterse en asuntos que no le concernieran muy directamente. Tras una temporada con un alguacil, en un quehacer arriesgado e ingrato, Lázaro, en fin, ha conseguido un empleo de pregonero municipal, gracias a la protección del Arcipreste de San Salvador, con cuya criada, además, se ha casado y vive feliz.

Es en esa etapa cuando Lázaro de Tormes se resuelve a consignar la relación de todas sus pasadas «fortunas, peligros y adversidades», para dar así contestación a la pregunta de un corresponsal anónimo (a quien trata de «Vuestra Merced») acerca de cierto episodio que en los primeros párrafos queda sin precisar: «Vuestra Merced escribe se le escriba y relate *el caso* muy por extenso...» Pero en las últimas páginas se descubre que el episodio en cuestión son los rumores que corren por Toledo sobre si la mujer del pregonero ha sido o no ha sido y es o no es barragana del Arcipreste: «hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre *el caso...*» Sólo entonces se advierte, retrospectivamente, que las estampas autobiográficas que Lázaro ha ido presentando a lo largo de la carta a Su Merced están en buena parte orientadas a explicar el comportamiento que practica o los toledanos le atribuyen en relación con el tal «caso»: transigir con la situación y no abrir la boca, para no perder la modesta prosperidad y el relativo bienestar que a la postre ha conseguido.

Todo ello está contado en un tomito de aspecto humilde, en formato de bolsillo, que empezó a difundirse en 1553, o acaso a finales de 1552, pero cuyas primeras ediciones conservadas datan de 1554. En la cubierta se leía *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. Tanto ese título como otros particulares del volumen eran responsabilidad (o más bien culpa) de quien publicara la *editio princeps* de la obra: nada tenían nada que ver con el autor, que quizá ni siquiera la concibió para difundirse en otra forma que en manuscritos.

Guiado por una ironía benévola y sin embargo implacable, presidido por la visión de un mundo en el que todo es relativo, el relato de Lázaro es una maravilla de gracia y de ingenio, a la vez que rebosa de humanidad. Deslumbran en particular la destreza y variedad de recursos que el novelista despliega en el arte de narrar. Los meses al servicio del ciego, por ejemplo, se desgranan en una serie de estampas a primera vista sueltas (el testarazo contra el toro de piedra, las argucias para vaciar el jarrillo del vino, etc., etc.), pero de hecho articuladas en un irreprochable proceso de aprendizaje, conflicto y desquite, con oportunas transiciones y correspondencias. El período con el cura de Maqueda se centra en una acción única, magistralmente graduada de ritmo y clímax: en un escenario casi desnudo, pero donde cada componente se anima y desempeña un papel, asistimos a las fases de una intriga de intensidad progresiva, el desesperado combate de Lázaro contra el cura, contra el hambre, contra el arca. La paradójica relación entre Lázaro y el escudero está pintada con maneras rigurosamente geniales: las apariencias y los comportamientos del pobre hidalgo nos llegan sólo a través del espejo de Lázaro, pero a través de él se nos deparan retratos enormemente sugestivos del amo y el mozo.

En los dos mil años de la literatura occidental no se había escrito otro libro como ese *Lazarillo* que al mediar el Quinientos llegaba a las manos de los españoles (y pronto de todos los europeos), porque ninguno había tratado nunca antes a un personaje de la pobre categoría de Lázaro con una atención tan amplia y tan extremada, tan respetuosa con el punto de vista que un pregonero en sus condiciones podría haber tenido de sí mismo, y tan limpiamente centrada en la materialidad y en las minucias cotidianas de la existencia.

Tampoco circulaba ninguna otra narración en prosa con las singulares características, con el insólito y ambiguo modo de ser del *Lazarillo de Tormes*. Porque el tal libro ¿era historia o era ficción? Ficción no lo parecía, porque hacia 1553 no tenía curso corriente ningún género de prosa de imaginación que se atuviera íntegramente a los criterios de probabilidad, experiencia y sentido común que gobiernan la vida y el lenguaje de todos los días. Desde luego, como se presentaba era como historia, como «carta mensajera», en principio estricta y escrupulosamente verídica, a la manera de tantas otras que entonces estaba de moda hacer públicas.

De ahí que al verdadero autor no se le pasara por la cabeza revelarnos su nombre, que sigue ocultándosenos, y es de temer que sin remedio. Porque, en rigor, el *Lazarillo* no es tanto un libro anónimo, de pluma ignorada, como, más propiamente, un libro apócrifo, atribuido a un falso autor, el propio protagonista, Lázaro de Tormes. El *Lazarillo* es auténtico como un billete falso.

Nada de cuanto en la obra se refería llevaba a pensar en los temas y en los modos distintivos de la ficción literaria en la edad del Renacimiento; todo, por el contrario, estaba poblado de cosas y personas tan vulgares, tan naturales y en apariencia tan verdaderas, que en la época no podían favorecer ninguna sospecha de ser pura creación de un fabulador.

Todo, digo, salvo un primer detalle: todavía en los comienzos de su carta, Lázaro contaba el amancebamiento de su madre con un esclavo negro. Lo hacía con delicadeza y afecto, pero no lo encubría. Y ¿quién en el siglo XVI se hubiera atrevido a escribirlo poco menos que con todas las letras? El dato no podía sino levantar un serio recelo: ¿no sería todo aquello una patraña? A partir de ese momento el lector forzosamente tenía que escudriñar el texto con cien ojos, decidido a comprobar si en alguna otra parte se infringía la presunción de veracidad con que lo había empezado. Pero a partir de ahí, y hasta la página final, a Lázaro no volvía a escapársele ni una línea que pudiera tacharse de inverosímil o inaceptable.

La duda se desvanecía en los dos últimos folios, donde el pregonero descubría otro episodio paralelo pero aun más vergonzoso que los amores de su madre: las relaciones de su mujer y el Arcipreste. Pero hasta llegar al desenlace el lector había de sentirse obligado a seguir el relato con la sospecha de que todo él podría

ser mentira, pero comprobando a cada paso que nada dejaba de parecer verdad. El *Lazarillo* lograba así que por primera vez en la literatura de Occidente una narración en prosa fuera leída a la vez como ficción y de acuerdo con una sostenida exigencia de verosimilitud. Era la mayor revolución literaria desde la Grecia clásica: la novela realista.

LAZARILLO DE TORMES

Pues sepa V. M. áte todas cosas q̃ a mi llamá Lazaro ỏ Tormes hijo de Thome Bóçales y de Anto- na Perez naturales de Tejares, al- dea de Salamáca. Mi nacimiẽto fue dentro del rio Tormes: por la qual causa tome el sobre nóbre: q fue desta manera. Mi padre q̃ Dios perdone tenia cargo de prouueer vna molien- da de vna hazeña q̃ esta ribera de a- q̃l rio. En la qual fue molinero mas de quinze años: y estando mi madre vna noche en la hazeña preñada de mi: tomo le el parto y pario me aili.

El texto crítico que aquí se publica está basado en el cotejo de las cuatro ediciones más antiguas conservadas, impresas en Alcalá de Henares, Amberes, Burgos y Medina del Campo, todas en 1554.

Los signos ○ y □ remiten
respectivamente a las Notas complementarias
y a las entradas del Aparato crítico.

NOTA AL TÍTULO. Las primeras ediciones traen en la portada como título *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* (con una construcción latinizante: «de sus fortunas...» 'acerca de sus fortunas...'). La redacción paralela de los restantes epígrafes («cuenta Lázaro ... y cúyo hijo fue», «cómo Lázaro ... y de las cosas...», etc.) indica que tanto éstos como el título general los puso quien preparara el manuscrito para la edición *princeps* y son sin duda ajenos al novelista anónimo. Puesto que la obra se presentaba como un auténtico relato autobiográfico, el nombre del fingido autor iba declarado en el mismo título, por más que en el texto, con una sola excepción, el protagonista se llama siempre «Lázaro (de Tormes)», no «Lazarillo».○

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas[1] vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido,[2] pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite.[3] Y a este propósito dice Plinio que «no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena».[4] Mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello, y así vemos cosas tenidas en poco de algunos que de otros no lo son.[5] Y esto para que ninguna cosa se debría romper ni echar a mal,[6] si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar de ella algún fruto.[7] Porque, si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo,[8] pues no se hace

[1] Encareciendo la novedad de la materia de que va a tratar, Lázaro incide en un motivo habitual en los exordios, sobre todo por influencia de Horacio: «Carmina non prius audita ... canto» (*Odas*, III, I, 2-4). Por otro lado, *señaladas* vale 'relevantes', pero quien conozca el desenlace puede entender 'comentadas, criticadas'; *por ventura* se deja glosar como 'quizá' y como 'afortunadamente'.○

[2] La imagen de la «sepultura del olvido» se difundió especialmente a través de Cicerón: «Alexander ... cum in Sigeo ad Achillis. Tumulum astitisset: 'O fortunate,' inquit, 'adolescens, qui tuae virtutis Homerum praeconem inveneris!' Et vere. Nam nisi Illias illa exstitisset, idem tumulus, qui corpus eius contexerat, nomen etiam obruisset» (*Pro Archia*, X, 24).○

[3] El ofrecimiento de una materia que pueda *agradar* a unos lectores y *deleitar* a otros es variante del precepto horaciano «aut prodesse ... aut delectare» *(Arte poética*, v. 333). *Agradar*, aquí, parece referir a la concordancia de ideas y gustos entre el autor y parte de sus lectores, mientras *deleitar* alude al entretenimiento y regocijo de quienes leerán la obra con menos profundidad.○

[4] Es sentencia que Plinio el Mozo atribuye a su tío Plinio el Viejo: «Dicere etiam solebat nullum esse librum tam malum, ut non aliqua parte prodesset» (*Epístolas*, III, V, 10). El dicho fue infinidad de veces alegado en el Siglo de Oro.○

[5] El texto se ciñe a Horacio: «denique non omnes eadem mirantur amantque ... Renuis quod tu, iubet alter» (*Epístolas*, II, II, 58-63). La idea circuló tanto en la tradición culta como en la popular.○

[6] *Y esto para que...*: 'Y esto ocasiona que...', donde *para* probablemente es la tercera persona del presente de indicativo del verbo *parar*, en el sentido de 'hacer, producir, implicar'. El pasaje, sin embargo, ha provocado dudas desde antiguo.□

[7] Si se relaciona con la cita de Plinio, quien habrá de obtener «algún fruto» de la obra es el lector; pero si se conecta con la frase que sigue inmediatamente, será Lázaro quien lo obtenga: es el «gloriae fructus» del *Pro Archia* ciceroniano.○

[8] 'para un solo destinatario'. «Aliter enim scribimus quod eos solos quibus mittimus, aliter quod multos lectu-

sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras y, si hay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio: «La honra cría las artes».[1]

¿Quién piensa que el soldado que es primero del escala tiene más aborrecido el vivir?[2] No, por cierto, mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y, así, en las artes y letras es lo mismo.[3] Predica muy bien el presentado[4] y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: «¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho Vuestra Reverencia!».[5] Justó muy ruinmente el señor don Fulano y dio el sayete de armas al truhán[6] porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas:[7] ¿qué hiciera si fuera verdad?

Y todo va de esta manera; que, confesando yo no ser más santo que mis vecinos,[8] de esta nonada que en este grosero estilo

ros putamus» (Cicerón, *Familiares*, XV, XXI, 4).○

[1] M. Tulio Cicerón, *Tusculanas*, I, II, 4: «honos alit artes», sentencia popularísima en el Renacimiento. Aquí y más abajo («en las artes y letras»), *artes* son todos los saberes y quehaceres regulados por normas, «la generalidad de las artes liberales y mecánicas» (*Dicc. de Autoridades*), no en el sentido hoy más común.○

[2] *del escala*: 'de la escalera de mano', normalmente de cuerda.

[3] La idea del «deseo de alabanza» como estímulo de escritores y guerreros –insinuando el parangón entre ambos, según una noción muy grata en el Renacimiento– está aquí particularmente en deuda con el *Pro Archia* de Cicerón: «Nullam enim virtus aliam mercedem laborum periculorumque desiderat, praeter hanc laudis et gloriae: qua quidem detracta, iudices, quid est quod in hoc tam exiguo vitae curriculo et tam brevi tantis nos in laboribus exerceamus? ... eis certe, qui de vita gloriae causa dimicant, hoc maximum et periculorum incitamentum est et laborum ... trahimur omnes studio laudis, et optimus quisque maxime gloria ducitur» (X, 28, 23 y 26).○

[4] 'clérigo que ha sido propuesto para una dignidad eclesiástica', en especial 'el que espera el grado de maestro en teología'.○

[5] Tratamiento propio de eclesiástico, más solemne que el de *merced* que acaba de aplicársele en tercera persona (véase la pág. 5, n. 4). Las advertencias contra la vanagloria del predicador están ya en el *De doctrina christiana* de San Agustín y fueron siempre insistentes.○

[6] La *justa* era el combate singular entre dos contendientes, pero también designaba otras modalidades de juegos de armas, siempre a caballo y con lanzas; el *sayete*, una especie de chaleco de algodón que se vestía debajo de la cota de malla, para evitar las molestias del hierro. El *truhán* figuraba habitualmente en las cortes para divertir con sus burlas y chocarrerías a los reyes y grandes señores. Era usual recompensar a criados, bufones y juglares con alguna de las prendas de vestir que se llevaban puestas.○

[7] Es decir, 'haber actuado con acierto, haber corrido bien las diversas suertes de una justa'.

[8] Es un giro de humildad documentado desde antiguo. Por otro lado, com-

escribo[1] no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren,[2] y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.[3]

Suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico si su poder y deseo se conformaran.[4] Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso,[5] pareciome no tomalle por el medio,[6] sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona;[7] y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto.[8]

párese con *La Celestina*, III: «Todo es así, todo pasa desta manera...».○

[1] *nonada*: 'menudencia'; *grosero*: 'humilde'. De la Antigüedad al Renacimiento se distinguieron tres estilos (alto, medio y bajo), según el protagonista de la ficción perteneciera a uno u otro de los estamentos en que se consideraba dividida la sociedad; igualmente común fue excusarse por la supuesta *rusticitas* del lenguaje empleado. La utilización de un término que rebaja el valor de la obra propia es estrategia conocida en la literatura de todas las épocas, desde las *nugae* de Catulo a las *naderías* de Jorge Luis Borges, pasando por las *ineptiae* de Petrarca.○

[2] *hayan parte*: 'participen'.

[3] *fortunas*: en general, 'azares, casos desgraciados o venturosos'; aquí, concretamente, 'desgracias'. En esta frase debió inspirarse quien pusiera al *Lazarillo* el título que lleva en las primeras ediciones conocidas.○

[4] 'estuvieran de acuerdo, se correspondiesen'. *Vuestra Merced* era la fórmula de cortesía más frecuente en el siglo XVI para dirigirse a otra persona y hacia 1550 aún conservaba parte del sentido ceremonioso que tuvo en épocas anteriores. La pronunciación normal era *vuesa merced* (de donde el moderno *usted*).○

[5] En este párrafo se acumulan varias fórmulas habituales en las cartas de la época, como lo era «escribe se le escriba». Con la frase «suplico a Vuestra Merced» se introducía a menudo la *petitio* regulada por la preceptiva epistolar. «El caso» era modo corriente de designar el tema que motivaba una carta noticiera o la relación de un suceso.○

[6] *tomalle*: 'tomarlo'. Las ediciones antiguas del *Lazarillo* no usan de manera uniforme la asimilación de la *-r* del infinitivo a la *l-* del pronombre enclítico, y a menudo emplean *le* como complemento directo, de persona y cosa, y no *lo*, según en el Siglo de Oro era más común en escritores castellanos y, en general, del Norte.○

[7] La retórica enseñaba a disponer los elementos de la *narratio* en dos órdenes posibles: uno, natural, de acuerdo con la sucesión históricamente correcta de los tiempos; otro, artificial, como el muy comentado principio *in medias res* de una novela de Heliodoro de Emesa que causó sensación en el Renacimiento.○

[8] Las antiguas ediciones del *Lazarillo* rotulan como «Prólogo» todas las consideraciones precedentes, y algu-

Pues sepa Vuestra Merced,[1] ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca.[2] Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre,[3] y fue de esta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años;[4] y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomole el parto y pariome allí. De manera que con verdad me puedo decir nacido en el río.[5]

Pues siendo yo niño de ocho años achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían,[6] por lo cual fue preso, y confesó y no negó, y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados.[7] En este tiempo se hizo cierta

nos estudiosos han creído entenderlas como enunciadas por el autor real, no por el ficticio. El encomio de quienes con «fuerza» y «maña» consiguieron remontar las tormentas de la adversa fortuna (*salieron*: 'arribaron, llegaron', en lenguaje marinero), unido a la indiferencia hacia «los que heredaron nobles estados», se enlaza aquí con el motivo de la «honra» (entendida ya como 'honor', ya como 'gloria') y, por otro lado, se prolonga luego «para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir, siendo bajos» (pág. 13). El sistema conceptual así formado –con «honra», «fortuna» y «virtud»– tuvo memorables desarrollos en la cultura renacentista (baste recordar a Maquiavelo), de suerte que hacia 1550 la noción y las imágenes conexas eran patrimonio común.○□

[1] Nótese la concatenación: «V. M. escribe se le escriba ... Pues sepa V. M. que...». Pese a la claridad del engarce, las ediciones de 1554 abren aquí un falso «Tratado primero», «Cuenta Lázaro su vida, y cúyo hijo fue», sin duda extraño al original del autor, como ajenos a él son también los demás epígrafes y la misma división en capítulos.○□

[2] Eran nombres y apellidos considerados vulgares. En el siglo XVI el apellido no se heredaba forzosamente, sino que se escogía entre varias posibilidades. Tejares tenía unos treinta vecinos.○

[3] El *de* no entrañaba ninguna pretensión de nobleza. Lázaro «de Tormes», y no «del Tormes», porque antiguamente era habitual que los nombres de los ríos no llevaran artículo.○

[4] *aceña*: 'molino cuya rueda es movida por la corriente del agua'. Tomé González se ocupaba en *proveer* la *molienda*, es decir, en 'atender al molino'.○

[5] Eran frecuentes las «aceñas que en la mitad del río estaban» (*Quijote*, II, 29), sobre todo en isletas.○

[6] Lázaro comenta los pequeños hurtos que cometía su padre como si se tratara del involuntario error de un cirujano al extraer sangre a un enfermo con fines terapéuticos.○

[7] Lázaro utiliza jocosamente varios pasajes del Evangelio. «Confesó y no negó» es traducción exacta del «confessus est et non negavit» de San Juan, I, 20.

armada contra moros, entre los cuales fue mi padre,[1] que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fue,[2] y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos, por ser uno de ellos,[3] y vínose a vivir a la ciudad[4] y alquiló una casilla, y metíase a guisar de comer a ciertos estudiantes y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas.[5]

Ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban vinieron en conocimiento.[6] Éste algunas noches se venía a nuestra casa y se iba a la mañana. Otras veces, de día llegaba a la puerta, en achaque de comprar huevos,[7] y entrábase en casa. Yo, al principio de su entrada, pesábame con él[8] y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía,[9] mas de que vi que su venida mejo-

En «padeció persecución por justicia ..., pues el Evangelio los llama bienaventurados», se aprovecha el valor polisémico de *por* (causal y agente) y *justicia* ('virtud' y 'poder judicial') para hacer un chiste sobre un pasaje de San Mateo, V, 10: «Beati qui persecutionem patiuntur propter iustitiam, quoniam ipsorum est regnum caelorum».○

[1] *entre los cuales* es una forma indistinta de recoger un plural o un colectivo; pero literalmente se dice que el padre de Lázaro se contó entre los moros. ¿Quiere insinuarse que acabó renegando? El adjetivo *cierta*, *-o*, implica aquí y en otros momentos que el narrador no quiere entrar en más detalles.○

[2] *acemilero*: 'mozo de caballos'.

[3] Juega con un refrán muy conocido: «allégate a los buenos y serás uno de ellos».○

[4] *vínose*: 'se fue'. En lo antiguo, *venir* no significaba exclusivamente 'dirigirse al lugar de la persona que habla', sino también 'ir, llegar'.○

[5] La iglesia de la Magdalena pertenecía a la orden de Alcántara; durante unos treinta años, desde 1528, el comendador, caballero de la orden y receptor de las rentas correspondientes, fue frey Antonio Galíndez de Carvajal.○

[6] *moreno*: eufemismo, por 'negro'; *curaban*: 'cuidaban'. A lo largo de la obra menudea el uso de «negro» con una connotación negativa no estrictamente material. A su vez, *conocimiento*, aunque ambigua e indirectamente, funciona también aquí como 'conocimiento carnal'.○

[7] 'con la excusa aparente de comprar huevos', pues, obviamente, Antona Pérez, como con frecuencia se hacía en situaciones parecidas, ayudaba a su precaria economía vendiendo los huevos de las gallinas que criaba en su «casilla».○

[8] *pesar con* era régimen frecuente en español antiguo. La lengua coloquial admitía y admite empezar la frase con un pronombre personal (aquí, *yo*) que luego resulta sintácticamente desligado del resto de la oración.○

[9] *mal gesto*: 'feo rostro'.○

raba el comer[1] fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños, a que nos calentábamos.

De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito,[2] el cual yo brincaba y ayudaba a calentar.[3] Y acuérdome que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo,[4] como el niño vía a mi madre y a mí blancos y a él no,[5] huía de él, con miedo, para mi madre y señalando con el dedo decía:

—¡Madre, coco!

Respondió él riendo:

—¡Hideputa![6]

Yo, aunque bien mochacho, noté aquella palabra de mi hermanico y dije entre mí: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se veen a sí mismos!».[7]

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba,[8] llegó a oídos del mayordomo,[9] y, hecha pesquisa, hallose que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban hurtaba,[10] y salvados, leña, almohazas, mandiles,[11] y las mantas y sábanas de los caballos hacía perdidas;[12] y cuando otra

[1] *de que vi*: 'una vez que vi, desde que vi'.

[2] *posada*: 'estancia, residencia, alojamiento'; *conversación* se utilizó con el significado secundario de 'trato carnal, amancebamiento'.○

[3] «Las madres, para regalar a sus niños tiernos, suelen ponerlos sobre sus rodillas y levantarlos en alto, y esto llaman *brincarlos*». «*Calentar* en la cama... 'arroparse'» (Covarrubias).□○

[4] *trebejando*: 'jugueteando, retozando'.○

[5] *vía*: 'veía'. Es forma etimológica.

[6] Además de en su sentido literal, *hideputa* se usaba como interjección admirativa y aun de afecto. Compárese con el moderno *de puta madre*.○

[7] La historieta del negro que se asusta al ver el color y fealdad de otro negro fue especialmente conocida en la versión del *Lazarillo*.○

[8] Zaide era nombre arábigo, pese a que la mayoría de los esclavos habían sido bautizados y portaban nombres cristianos.○

[9] Debe aludir al *mayordomo* del Comendador de la Magdalena, mejor que al de la alhóndiga, a quien debía entregarse todo el cereal comprado por el ayuntamiento.○

[10] *la mitad por medio*: 'una cuarta parte'.○

[11] *salvados*: 'salvado, cáscara del grano de los cereales'; *almohaza*: 'cepillo de púas de hierro'; *mandil*: «paño con que limpian los caballos» (Covarrubias).○

[12] *hacía perdidas*: 'simulaba que se habían perdido'. El verbo *hacer* en el sentido de 'fingir, aparentar' podía usarse también con la preposición *de* («hacer de...») o con pronombres personales átonos («hacerse», «hacerme»), seguidos de un adjetivo o un participio generalmente sustantivados, «híceme muy maravillado» (pág. 35); «las más veces hacía del dormido» (pág. 39); «por hacer del continente» (pág. 48).○

cosa no tenía, las bestias desherraba, y con todo esto acudía a mi madre para criar a mi hermanico.[1] No nos maravillemos de un clérigo ni de un fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto,[2] cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto.

Y probósele cuanto digo y aun más, porque a mí con amenazas me preguntaban, y, como niño, respondía y descubría cuanto sabía, con miedo: hasta ciertas herraduras que por mandato de mi madre a un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron,[3] y a mi madre pusieron pena por justicia, sobre el acostumbrado centenario,[4] que en casa del sobredicho comendador no entrase ni al lastimado Zaide en la suya acogiese.[5]

Por no echar la soga tras el caldero,[6] la triste se esforzó y cumplió la sentencia,[7] y, por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana;[8] y allí, padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo andar, y a mí hasta ser buen mozuelo,[9] que iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestralle,[10] me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole como era hijo de un buen

[1] *acudía a mi madre*: 'venía en auxilio de mi madre'.○

[2] Probablemente «quiere decir que se queda él con otro tanto de lo que les da a ellas» (Américo Castro). El giro *para ayuda de* (*costas*, *mantenimiento*, *gastos*, etc.) designaba regularmente un tipo de gratificación o pago anticipado. Caben, sin embargo, otras explicaciones.○

[3] El tormento de *pringar* a uno consistía en derretirle tocino a la llama de un hacha sobre las heridas causadas por los azotes. La pena de cien azotes aplicada a quienes robaban la cebada de las caballerizas corresponde a la realidad de la época.○

[4] *el acostumbrado centenario*: se trata de los cien azotes también prescritos por la ley para las mujeres que, como Antona Pérez, cohabitaban con hombres de otra religión.○

[5] *lastimado* tiene sentido a la vez físico y anímico.

[6] El refrán vale 'añadir un mal a otro', pero aquí se aplica también a la letra: la *soga* podría aludir a la cuerda de presos en la que hubo de salir Zaide, y el *caldero*, al tocino derretido con que se maltrataba a los condenados.○

[7] *se esforzó*: 'sacó fuerzas de flaqueza'.

[8] *al presente*: 'a la sazón', 'entonces'.○

[9] El anacoluto provocado por el cambio de sujeto no es raro en la prosa de Lázaro.○

[10] 'serviría para *adestrarle*': «guiar a alguno, llevándole de la diestra ... y *destrón* llamamos al mozo de ciego» (Covarrubias).○

hombre,[1] el cual por ensalzar la fe había muerto en la de los Gelves,[2] y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haría y que me recibía, no por mozo, sino por hijo. Y así le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre, y, ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto: válete por ti.

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba. Salimos de Salamanca, y, llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro,[3] y el ciego mandome que llegase cerca del animal y, allí puesto, me dijo:

—Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él.

Yo simplemente llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro,[4] que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

—Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.[5] –Y rio mucho la burla.

Pareciome que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba.[6] Dije entre mí: «Verdad dice éste,

[1] *diciéndole como*: 'diciéndole que' (aquí y en otros lugares, *como* es conjunción y no adverbio). Nótese que *buen hombre* «algunas veces vale tanto como 'cornudo'» (Covarrubias).○

[2] La frustrada expedición de García de Toledo, en 1510, para conquistar la isla de los Gelves (*Yerba*, en francés *Djerba*), fue recordada durante decenios como desastre proverbial. Pero se presta a la duda si es verdad o no que el padre de Lázaro, como afirma ahora Antona Pérez, muriera en ésa y no en «cierta armada contra moros» aludida antes con vaguedad.○

[3] El toro del puente romano de Salamanca y los toros abulenses de Guisando, también esculpidos en piedra, podrían ser símbolos protectores de culturas ganaderas como las vetonas y las carpetanas (siglos I-II a.C).○

[4] «Ahora me falta ... darme de calabazadas ['cabezazos'] por estas peñas...» (*Quijote*, I, 25).

[5] Expresión proverbial, «por encarecimiento de agudo...» (Correas).○

[6] Podría haber aquí un vago eco de San Pablo: «Cum essem parvulus loquebar ut parvulus, sapiebam ut parvulus,



Salamanca en la Edad Moderna

Plano de Francisco Javier Lorenzo Pinar, *Fiesta religiosa y ocio en Salamanca en el siglo XVII (1600-1650)*, Salamanca, 2010. (Comunicación de Javier San José Lera.)

que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer».

Comenzamos nuestro camino y en muy pocos días me mostró jerigonza;[1] y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía:

—Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré.[2] –Y fue así, que, después de Dios, éste me dio la vida y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir.[3]

Huelgo de contar a Vuestra Merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos cuánto vicio.[4]

Pues, tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, Vuestra Merced sepa que, desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabía de coro.[5] Un tono bajo, reposado y muy

cogitabam ut parvulus...» (I, Corintios, XIII, 11-12).○

[1] 'me descifró el lenguaje, me enseñó los secretos de una forma de vida marginal'. Originariamente, *girigonça* o *gerigonza* parece haber sido cualquier género de habla ininteligible o críptica, en especial «la manera que los ladrones y rufianes se entienden cuando se hablan delante de los otros ... que ellos se entienden y los otros no los entienden» (según una explicación de 1538). Probablemente alude aquí no sólo a la jerga, sino también a la práctica de la vida del hampa.○

[2] Es evocación de los Hechos de los Apóstoles, III, 6: «Argentum et aurum non est mihi; quod autem habeo, hoc tibi do...».○

[3] Recuerda los Psalmos, XXXI, 8: «Intellectum tibi dabo et instruam te in via hac, qua gradieris; firmabo super te oculos meos». Nótese que *alumbrar* es 'parir' e 'iluminar', al tiempo que confluye con *adestrar* 'encaminar': Lázaro recibe luz y guía de un ciego (San Mateo, XV, 14: «caeci sunt et duces caecorum», etc.).○

[4] En el siglo XVI, y pese a sus muchos contradictores, seguía vigente la doctrina de que la sociedad es un trasunto del orden cósmico, y las clases sociales, tan inmutables como las órbitas de los planetas, de suerte que la pretensión de ascender en la escala jerárquica equivalía a rebelarse contra la ley natural y la providencia divina. La observación sobre la conveniencia de que narren su vida quienes con virtud vencieron y superaron el vicio quizá se inspira en Tácito, *Agrícola*, I, 1-3.○

[5] 'de memoria'. El repertorio del amo de Lázaro sería como el que anuncia otro ciego en una farsa publicada en 1554: «Ayudá, fieles hermanos, / al ciego lleno de males. / Los salmos penitenciales, / si mandáis rezar, cristianos, / Dios os guarde pies y manos, / vuestra vista conservada; / la oración de la emparedada / y los versos gregorianos, / las Angustias, la Pasión, / las almas del purgatorio, / la oración de San Gregorio, /

sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba;[1] un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba,[2] sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende de esto,[3] tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas, si traía hijo o hija. Pues en caso de medicina decía que Galeno no supo la mitad que él para muelas, desmayos, males de madre.[4] Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión que luego no le decía:[5]

—Haced esto, haréis estotro, coged tal hierba, tomad tal raíz.[6]

Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía creían. De éstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.

Mas también quiero que sepa Vuestra Merced que, con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi,[7] tanto, que me mataba a mí de hambre y a sí no se demediaba de lo necesario.[8] Digo verdad: si con mi sotileza y buenas mañas

la santa Resurrección, / la muy devota oración, / la beata Catarina / y la cristiana doctrina, / la misa y su devoción, / la vida de Sant Hilario, / comienda de San Antón, / la oración de Sant León, / la devoción del Rosario, / la vida de San Macario / trovada...» (Diego Sánchez de Badajoz, *Recopilación en metro*).○

[1] *sonable*: 'sonoro, que suena bien y hace que se oiga bien'.○

[2] *continente*: 'apariencia, porte, presencia'.

[3] 'Además de esto'. Véase aquí, pág. 78: «allende de ser buena hija...».

[4] Se llamaba así a la hinchazón o inflamación de la matriz y a otros achaques propios de la mujer.○

[5] *luego*: 'al punto, en seguida', no con el valor moderno de 'después'; *pasión*: 'sufrimiento'.○

[6] Eran éstas *artes* que el ciego compartía con otros tipos de vagabundos, mendigos y embaucadores: «Trabajan mucho por las virtudes de las yerbas, por dar a las mujeres melecinas: a algunas para empreñar, a otras para sanar de la madre, del estómago, de la teta, del alfombra, de los paños a las preñadas, de la cara; el dolor del ajaqueca, de ijada, del dolor del ombligo y dende ayuso, etc. Toda física saben, todo dolor curan, todo mal remedian. Donde mujeres fermosas hay, allí las buscan. Bástete que siempre los verás, los falsos, solos entre mujeres: nunca de otro hombre quieren compañía, y ¡Dios sabe a osadas cómo las aman de corazón a las mujeres! Y hacen estos falsos mucho mal y daño» (A. Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera*, IV, 1).○□

[7] 'jamás vi', con la doble negación corriente en español antiguo.

[8] 'no llegaba a comer la mitad de lo que necesitaba'. «Partía conmigo del

no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre. Mas, con todo su saber y aviso, le contraminaba de tal suerte,[1] que siempre o las más veces me cabía lo más y mejor. Para esto, le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo.[2]

Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo[3] que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave; y al meter de las cosas y sacallas, era con tanta vigilancia y tan por contadero,[4] que no bastara todo el mundo a hacerle menos una migaja.[5] Mas yo tomaba aquella laceria que él me daba,[6] la cual en menos de dos bocados era despachada. Después que cerraba el candado y se descuidaba pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas,[7] por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos,[8] torreznos y longaniza.[9] Y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba.[10]

Todo lo que podía sisar y hurtar traía en medias blancas, y cuando le mandaban rezar y le daban blancas,[11] como él carecía

caldo ... un poco de pan, y pluguiera a Dios que me demediara» (pág. 30).□

[1] *le contraminaba*: literalmente, 'le ponía contraminas', es decir, 'ofrecía resistencia, atacaba con las mismas armas'.□

[2] 'sin peligro ni daño para mi persona'. Véase pág. 18: «por hacello más a mi salvo».

[3] 'El saco o talega que normalmente usaban los mendigos'. Lázaro parece recordar en seguida el refrán «Las *migajas* del *fardel* a las veces saben bien» (Correas).

[4] 'una a una, pieza por pieza'. Propiamente, *contadero* es el 'lugar estrecho por el que se hacen pasar personas o animales para contarlos'.○

[5] 'a privarle de una migaja, a dejarle sin ella'.○

[6] *laceria*: aquí, 'miseria, mezquindad, pequeñez'. Es palabra perteneciente a la familia de *lacerar* 'padecer, sufrir', que en el *Lazarillo* se hace presente también, por ejemplo, en el adjetivo o participio *lacerado* 'pobre, mísero', usado como término conmiserativo («¡Lacerado de mí!») o censorio («este lacerado de mi amo»).○

[7] 'atendiendo, ocupándome en otras cosas'.

[8] 'no un poco de pan, sino buenos pedazos' (*por tasa*: 'racionado', 'en porciones limitadas y escasas').○

[9] Este episodio de la «avara talega» tiene algunos notables puntos de contacto con otro que se relata en primera persona en una adaptación castellana (1542) del *Baldus* de Teófilo Folengo.○

[10] *rehacer la chaza*: «volver a jugar la pelota» (Covarrubias); aquí, *falta* vale también 'error en el juego'.○

[11] En la Castilla de mediados del siglo XVI, una *blanca* valía tres *cornados* (cf. pág. 57) o medio maravedí, y 64 blan-

de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media aparejada,[1] que, por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio.[2] Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía:

—¿Qué diablo es esto, que después que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban?[3] En ti debe estar esta desdicha.

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que, en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz.[4] Yo así lo hacía. Luego él tornaba a dar voces, diciendo: «¿Mandan rezar tal y tal oración?», como suelen decir.[5]

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino, cuando comíamos. Yo muy de presto le asía[6] y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar. Mas turome poco,[7] que en los tragos conocía la falta y, por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán

cas eran equivalentes a un *real de plata*. El *marco de oro* por el cual el escudero no cambiaría su espada correspondía a cincuenta castellanos y la *pieza de a dos* (es decir, una moneda de dos castellanos de oro) que cambia él mismo valía unos 30 reales. En cuanto a la capacidad adquisitiva de tales cantidades, adviértase que el clérigo de Maqueda da a Lázaro «tres maravedís» para que compre una cabeza de carnero; o que el escudero no podrá pagar los «doce o trece reales» que parece deber por el alquiler de dos meses de casa y cama.○

[1] *lanzada*: 'metida'; *aparejada*: 'preparada'. Al primer movimiento del donador, Lázaro atraparía la blanca, se la llevaría a la boca para besarla (según se acostumbraba entre mendigos) y, en ese momento, la cambiaría por la media blanca que tenía dispuesta, disimulando el cambiazo con la mano. Véase abajo, pág. 40.○

[2] *cambio*: operación financiera, de carácter crediticio y en general usurario que en 1551-1552 se prohibió practicar en el interior de España, salvo si se efectuaba sin interés. *La mitad del justo precio* es tecnicismo del derecho romano: si en una transacción no se compra o se vende por debajo o por encima del «dimidium iusti pretii», tampoco cabe reclamar legalmente la rescisión del contrato. En teoría, pues, el ciego no podría recurrir a la justicia.○

[3] *de antes*: 'antes'.

[4] 'de un extremo de la capa'. El *capuz* era una «capa cerrada y larga» (Covarrubias), que iba provista, además, de una capucha.○

[5] *tal y tal*: expresión utilizada para aludir a algo de manera genérica, sin nombrarlo expresamente.○

[6] *de presto*: 'presto'.

[7] Las ediciones antiguas del *Lazarillo* alternan *durar* y *turar* con el mismo sentido.□

que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino lo dejaba a buenas noches.[1] Mas, como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió y dende en adelante mudó propósito[2] y asentaba su jarro entre las piernas y atapábale con la mano[3] y así bebía seguro.[4]

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sotil, y delicadamente, con una muy delgada tortilla de cera, taparlo; y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor de ella luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía.[5] Cuando el pobreto iba a beber,[6] no hallaba nada, espantábase,[7] maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

—No diréis, tío,[8] que os lo bebo yo –decía–, pues no le quitáis de la mano.

Tantas vueltas y tientos dio al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla, mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido. Y luego otro día,[9] teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado ni que el mal ciego me sentía, senteme como solía. Estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi

[1] 'frustrado, burlado, desprovisto de algo', referido festivamente al ciego y al jarro a la vez.○

[2] «Tampoco usaré en prosa lo que algunos usan en verso, diciendo *dende* por 'de ahí'» (Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*).

[3] En el siglo XVI y primera mitad del XVII, *atapar* y *tapar* eran formas aún concurrentes.

[4] 'confiado, desprevenido', según su valor etimológico. «Llegáronse a él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormía...» (*Quijote*, I, 46). El episodio siguiente es recreación de una historieta que circulaba ya en la Edad Media.

[5] Es decir, 'no había gota que se perdiera', con el uso aún vivo de *maldito* «por lo mismo que 'ninguno'» (*Dicc. de Autoridades*).○

[6] *pobreto* es italianismo; Lázaro, abajo, emplea un par de diminutivos del mismo tipo: «concheta» y «camareta».○

[7] 'se admiraba', como en el célebre soneto de Cervantes al túmulo de Felipe II: «Voto a Dios que me *espanta* esta grandeza ... / porque ¿a quién no *sorprende* y *maravilla*...?».

[8] *tío* «llama en algunos lugares la gente rústica a los hombres de edad madura» (Covarrubias).

[9] 'al día siguiente'.

cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza,[1] y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo con todo lo que en él hay me había caído encima.

Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y, aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavome con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose decía:

—¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud.[2] –Y otros donaires, que a mi gusto no lo eran.

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales,[3] considerando que, a pocos golpes tales, el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar de él;[4] mas no lo hice tan presto, por hacello más a mi salvo y provecho. Y aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonalle el jarrazo,[5] no daba lugar el maltratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacía, que sin causa ni razón me hería, dándome coxcorrones y repelándome.[6] Y si alguno le decía por qué me trataba mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo:

[1] *desesperado*: como imprecación, 'condenado, maldito'; propiamente, 'que ha perdido la esperanza en la misericordia de Dios y decide suicidarse'.○

[2] La paradoja de que lo que daña llegue también a sanar es corrientísima. «Dios, que da la llaga, da la medicina» (*Quijote*, II, 19).○

[3] *Ya que*: 'Una vez que...'; *trepa*: 'orla'; *cardenales*: 'moraduras'. Lázaro ha quedado todo 'ribeteado de magulladuras'.○

[4] 'desembarazarme, librarme de él'.

[5] Nótese que en la visión antigua del mundo, desde Aristóteles, el corazón era el órgano del pensamiento. «Revolvía en su corazón lo que en aquel arrebatamiento había visto y tenía tan fijo el pensamiento en esto, que nunca mudaba el rostro» (fray Luis de Granada, *Escala espiritual*, 1562). ○

[6] 'tirándome del pelo hasta arrancármelo'; *hería*: 'me golpeaba'; *coxcorrones*: en esa posición, la *s* alternaba con *x* palatal, por expresividad (*caxco*, *maxcar*, etc.).

—¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? Pues oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña.[1]

Santiguándose los que lo oían, decían:

—¡Mirá quién pensara de un mochacho tan pequeño tal ruindad![2]

Y reían mucho el artificio y decíanle:

—Castigaldo, castigaldo,[3] que de Dios lo habréis.[4] –Y él, con aquello, nunca otra cosa hacía.

Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal y daño,[5] si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto.[6] Que, aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía.[7] Con esto, siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo,[8] el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos.[9] Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía, mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea Vuestra Merced a cuánto se extendía el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dio bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fue venir a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán: «Más da el duro que el

[1] *ensayara*: 'tramara maliciosamente', con el verbo de la misma familia que *ensayo*, en el sentido de 'ardid engañoso'; *hazaña* conservaba el mero valor de 'hecho más o menos notable', pero no necesariamente heroico, y con la frecuente connotación de 'malicioso'.○

[2] La caída de la *-d* final en los imperativos, como en *mirá*, era corriente en el lenguaje popular del siglo XVI: «saltá», «olé» (págs. 25 y 26).

[3] La metátesis entre la *-d* del imperativo y la *l-* del enclítico está documentada desde los orígenes del idioma.

[4] Es decir, 'que Dios os lo premiará', porque ya la Biblia sentenciaba: «Qui parcit virgae, odit filium suum» (Proverbios, XIII, 24).

[5] La anteposición del pronombre al infinitivo y a otras formas del verbo fue regular en español hasta la segunda mitad del siglo XVI: «para le encender la ira» (pág. 64).○

[6] *alto*: «se toma muchas veces por 'profundo'» (Covarrubias).

[7] El dicho tiene origen en una fábula de Aviano que circulaba junto a las de Esopo; tanto en su versión original como traducidas al vulgar, ambas fueron leidísimas en las escuelas.○

[8] Es decir, 'con el extremo levantado del bastón me palpaba el cogote'.

[9] *tolondrones*: 'coscorrones, chichones'. «Venía descabellada y la cara llena de tolondrones» (Cervantes, *Rinconete y Cortadillo*).

desnudo».[1] Y venimos a este camino por los mejores lugares.[2] Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos; donde no, a tercero día hacíamos San Juan.[3]

Acaeció que, llegando a un lugar que llaman Almorox[4] al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo de ellas en limosna. Y como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano: para echarlo en el fardel, tornábase mosto, y lo que a él se llegaba.[5] Acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar como por contentarme, que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar y dijo:

—Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas y que hayas de él tanta parte como yo. Partillo hemos de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño.

Hecho así el concierto, comenzamos, mas luego al segundo lance, el traidor mudó propósito y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debría hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura,[6] no me contenté ir a la par con él,[7] mas aun pasaba adelante: dos a dos y tres a tres y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano y meneando la cabeza dijo:

—Lázaro, engañado me has. Juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres.

—No comí –dije yo–, mas ¿por qué sospecháis eso?

[1] «No estoy bien con aquel refrán que dice 'más da el duro que el desnudo'» (Cervantes, *Coloquio de los perros*).

[2] 'pueblos', como en el caso de «En un lugar de la Mancha...», y no con el valor de 'sitios o parajes'.○

[3] 'nos mudábamos a otro pueblo', de acuerdo con la costumbre resumida en el proverbio «Día de San Juan ... mudar casa, amo o mozo...» (Correas).○

[4] En la actual provincia de Toledo, antaño dependiente de la jurisdicción de Escalona y vecino a San Martín de Valdeiglesias, conocido especialmente por sus vinos.

[5] Es decir, para guardarlo en el fardel no valía, porque el racimo de uvas se convertía en mosto, como también ocurría con cuanto entraba en contacto con él.

[6] 'no cumplía lo acordado'.○

[7] Posiblemente se trata de un cruce entre las construcciones *no me contentó ir* y *no me contenté con ir*.

Respondió el sagacísimo ciego:

—¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas.[1] –Reíme entre mí y, aunque mochacho, noté mucho la discreta consideración del ciego.

Mas, por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron, y quiero decir el despidiente y con él acabar.[2]

Estábamos en Escalona, villa del duque de ella,[3] en mesón, y diome un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la longaniza había pringado y comídose las pringadas,[4] sacó un maravedí de la bolsa y mandó que fuese por él de vino a la taberna.[5] Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual, como suelen decir, hace al ladrón;[6] y fue que había cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal que por no ser para la olla debió ser echado allí. Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me vi con apetito goloso,[7] habiéndoseme puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que había de gozar, no mirando qué me podría suceder, pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo,[8] en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador. El cual, mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó a dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos había escapado.

[1] Todas las otras versiones que de este chascarrillo se conocen parecen ser posteriores al *Lazarillo*. La edición de Alcalá, 1554, añade aquí otro episodio. Véase Apéndice, 1, pág. 83.

[2] *despidiente*: 'despedida', el último caso que se nos cuenta sobre la relación de Lázaro con el ciego y que motivó la separación de ambos.

[3] Vale decir, 'villa no de realengo, sino de señorío', ligada al duque del mismo nombre, que en la primera mitad del siglo XVI era a la vez marqués de Villena.○

[4] 'rebanadas de pan empapadas de la grasa o pringue'.○

[5] 'por un maravedí de vino'.□

[6] *el aparejo*: 'el instrumento', 'la oportunidad'. La versión más conocida y duradera del refrán es «La ocasión hace al ladrón» (Correas).

[7] La escolástica distingue un apetito natural y otro sensitivo, al que corresponde la concupiscencia desordenada de la comida y la bebida, «in cuius ['appetitus sensitivus'] concupiscentia vitium gulae consistit». «En el texto, por tanto, 'apetito goloso' forma una unidad de sentido» (A. Blecua).

[8] La frase «pospuesto todo (el) temor» fue popularizada por el *Amadís* y *La Celestina*, y retomada en el *Quijote* (I, 36).

Yo fui por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza, y cuando vine hallé al pecador del ciego que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aún no había conocido, por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas pensando también llevar parte de la longaniza, hallose en frío con el frío nabo.[1] Alterose y dijo:

—¿Qué es esto, Lazarillo?

—¡Lacerado de mí[2] –dije yo–, si queréis a mí echar algo![3] ¿Yo no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí y por burlar haría esto.

—No, no –dijo él–, que yo no he dejado el asador de la mano, no es posible.

Yo torné a jurar y perjurar que estaba libre de aquel trueco y cambio,[4] mas poco me aprovechó, pues a las astucias del maldito ciego nada se le escondía.[5] Levantose y asiome por la cabeza y llegose a olerme, y como debió sentir el huelgo,[6] a uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba,[7] asiéndome con las manos, abríame la boca más de su derecho[8] y desatentadamente metía la nariz,[9] la cual él tenía luenga y afilada, y aquella sazón, con el enojo, se había aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó a la gulilla.[10] Con esto y con el gran miedo que tenía y con la brevedad del tiempo,

[1] *hallose en frío*: 'se quedó frustrado en su pretensión', modismo (como, hoy, «se quedó helado»). ○

[2] La paronomasia *Lazarillo* ~ *lacerado* tiene análogo en el refrán «Por Lázaro laceramos, por los Ramos bien andamos» (Correas).

[3] 'achacar, atribuir, imputar'. «Lo cual yo hacía mal y echábalo al no comer» (pág. 37).

[4] *trueco* es propiamente el de una pieza de una determinada denominación por la misma cantidad en moneda fraccionaria (véase abajo, págs. 57 y 65-66), y *cambio*, la operación financiera señalada en la anterior n. 16.2. No se trata, pues, de una pareja de sinónimos, sino de una gradación de dos palabras afines.

[5] *le* puede referir al «maldito ciego», pero también a «las astucias», porque en el siglo XVI era bastante normal la fluctuación entre *le* y *les*.○

[6] 'la respiración, el aliento'.

[7] *agonía*: 'ansiedad'.

[8] 'más de lo debido'. Entiéndase que *su* se refiere a la boca. «Detienen la fiebre y la alargan más de su derecho» (Juan Méndez Nieto, *Discursos medicinales*).

[9] *desatentadamente*: 'sin reparar en nada', 'atropelladamente'.○

[10] Parece diminutivo de *gula*, «la caña del cuello por donde entra el manjar al estómago» (*Dicc. de Autoridades*), «faringe, esófago» (*DRAE*). Pero también podría referirse a la úvula o campanilla.□